

Voy a ceñirme a lo que conozco y por eso hablaré un poco sobre la experiencia de sacar adelante una publicación impresa, esa iniciativa que se parece mucho al nado salmónido. Porque apostar por hacer viable y sostenible una publicación impresa en nuestro país es, sin duda, un nado a contracorriente; algo que uno hace envuelto en la más tierna necesidad.

Se trata pues de la ilusión que significa traer al mundo algo que no existía antes; una plataforma cálida y perecedera –como todo lo que se imprime en papel– en tiempos de frenética transmisión de información virtual. Significa dar tribuna a un cúmulo de ideas solo por el afán irresistible de compartirlas. De difundir. De contaminar con preguntas y puntos de vista distintos las conversaciones de a pie.

Para quienes no conocieron la revista que tuve la suerte de sacar adelante hace unos años, se llama *Buensalvaje*. Una revista literaria gratuita y de tiraje masivo compuesta por reseñas, artículos, poemas, entrevistas y algo de arte gráfico local. Una publicación que gestamos por la necesidad caprichosa de saciar curiosidades y de sembrar otras nuevas. La menciono porque leer este primer número de *Bisagra* me trasladó a esa emoción, a ese salto al vacío que es embarcarse en un proyecto cultural aquí, en Lima.

Leyendo este primer número de *Bisagra* me reencontré con la frescura que transmite el carácter plural de una revista. Esa pluralidad de voces y perspectivas que echa luz y permite ver las fisuras de aquello que entendemos como “normal”, de aquello que es considerado legítimo en un momento específico. En este caso, nos enfocamos en la producción de arte visual: *Bisagra* nos invita a desmontar estéticas, a cuestionar ciertos mecanismos excluyentes de reconocimiento de lo que es o no la fotografía, la performance, la pintura, el archivo, la instalación... el arte visual contemporáneo producido en nuestro país, al fin y al cabo.

Bisagra es pues una publicación que favorece la generación del debate, y este, bien lo sabemos, es una fuente esencial para la existencia (y vigencia) de un espacio público y de la apropiación que tenemos del mismo. Porque una sociedad que no argumenta y discute su producción artística no solo carece de mecanismos de develamiento y evaluación del status quo, sino también de la capacidad para valorar y comprender nuestras relaciones sociales y el ADN que nos caracteriza como sociedad. No puede ser gratuito, puesto de este modo, que la última década democrática haya sido cantera de proyectos e iniciativas que bogan en pro de la cultura. Entiendo *Bisagra* (el espacio cultural y la publicación) como una plataforma que se alimenta del interés ya existente por el arte contemporáneo: cada año aumentan las ferias, las exposiciones y sus asistentes (a pesar de que nuestras políticas culturales están hoy en claro riesgo).

Me gustó encontrar que en *Bisagra001* se articulan temas de conocimiento público (como es el caso de la premiación a Samuel Chambi en el 4 Salón Nacional de Fotografía ICPNA, que causó furor en las redes sociales) y objetos de estudios menos conocidos (como la *Carpeta Negra*, que analiza Mijail Mitrovic). Se tienden, así, puentes entre intelectuales y lectores de a pie. ¿Pero qué necesidad hay de que exista esta revista? Pues bien, como toda publicación de espíritu crítico, su importancia radica en reconocer

que muchas veces el sentido común es sinónimo de la represión común. Y hacia allí apuntamos: a mostrar las fisuras de todo aquello que se pretende cerrado, concluso. ¿No es acaso ese el objetivo de todo pensamiento? Superar la opinión hegemónica, romper ese sentido común, cuestionar la construcción de los sentidos e imperativos que nos constriñen es pues una tarea necesaria. Una tarea que, en definitiva, se ve favorecida por publicaciones que sostengan ideas pero sobre todo preguntas abiertas y debates que no busquen la conclusión canónica sino el ejercicio de preguntarnos por qué, cómo y quiénes construyen aquello que conocemos como nuestra cultura.

De la lectura de *Bisagra001* disfruté sentirme un lector alfil, uno que atraviesa en diagonal ciertos temas, recorriendo breves o largos trechos. Qué digo un alfil, un caballo, que se permite mirar no solo a los lados, sino por encima, y por qué no debajo, de piezas que nos alejan de la meta: ese alcanzar la otra orilla, acercarse al Otro, ser interpelados.

Entre estas páginas uno encuentra canales de ventilación, ventilación entendida como la observación detenida y genuina de objetos y hechos culturales. El lector de *Bisagra001* no se amilana frente a los vientos estéticos o de buena convivencia, y más bien invita a conversar con tranquilidad sobre nuestras diferencias, a recorrer reflexionar a través de nuevos y antiguos referentes, útiles para vislumbrar otros horizontes.

Leo el primer número de *Bisagra* y veo a Alejandro León Cannok y a Giuliana Borea invitarnos a salir del dominio común de la cerrazón y adentrarnos con lucidez en la obra de Samuel Chambi; veo a Luz María Bedoya ayudándonos a evitar los facilismos con que se entiende lo conceptual en la fotografía peruana. Leo *Bisagra001* y veo a Blas Isasi analizar la obra de Christian Bendayán desde su dimensión política; y a Giuliana Vidarte interrogarlo sobre su consciencia en la composición de ciertos cuadros y los imaginarios que estos reproducen. Leo *Bisagra001* y veo a Mirjam Wirz mostrándonos una investigación visual sobre la cumbia; a Solange Jacobs hablar de la otredad en la obra del inolvidable Guisepppe Campuzano; a Max Lira, Susana Torres y Diana Daf preguntándose sobre la construcción del sentido a partir “Bomba y la Bataclana en la danza del vientre” (pieza de arte acción de Elena Tejada). Leo *Bisagra001* y veo a Mijail Mitrovic reflexionar sobre la historia y las particularidades teórico-políticas de la Carpeta Negra; y a Rita Ponce de León compartir algunos fragmentos de aquella experiencia de autorreflexión a partir de conversaciones llevada a cabo en esta casa.

En fin, leo *Bisagra001* y encuentro conversaciones y debates que nos ayudan a trascender lo ramplón, la discusión vacía, pero también el hermetismo académico. Esta publicación, finalmente, nos ayuda a acercarnos de manera horizontal al potencial transformador de las artes visuales en nuestra ciudad.

Que la revista *Bisagra* reúna textos de investigadores que no suelen compartir los mismos espacios de reflexión me pareció fundamental para pensar el arte actual no desde su novedad, sino desde su vigencia, desde su cercana relación con la construcción de nuestra vida pública.

Leer *Bisagra001* me recuerda que mirar el mundo de cerca implica también alterarlo.

Leo el primer número de *Bisagra* y veo la terquedad enternecedora de Andrés Pereira Paz, Christian luza, Eliana Ota, Florencia Portocarrero, Iosi Arámburu y Miguel López, y de tantas amigas y amigos que escriben. Y que nosotros leemos. Gracias, y feliz primer número.

Paloma Reaño
Junio, 2016.